

ISTITUTO PIA SOCIETÀ
FIGLIE DI S. PAOLO
CASA GENERALIZIA
Via S. Giovanni Eudes, 25
00163 Roma
Tel. 06.661 3039 - Fax 06.661 57 208



Queridas hermanas:

esta noche, a las 21 (ora local), en la casa “Tecla Merlo” de Pasay City (Filipinas), el Señor misericordioso ha golpeado por segunda vez la puerta de la comunidad, llamando a sí a nuestra hermana

GUION DAFROSA Sor MARIA VINCENZINA
Nacida en Barotac Nuevo (Iloilo – Filipinas) el 4 de enero de 1926

A Sor M. Vincenzina podemos aplicar bien las palabras que Jesús nos dirige hoy, en la liturgia que exalta la ternura y la fidelidad de su Amor: «Te doy gracias, Padre, porque has ocultado estas cosas a los sabios y a los doctos y las has revelado a los pequeños». En su larga vida paulina, Sor M. Vincenzina ha sido animada por el deseo de ser una *pequeña* en las manos de Dios, cumpliendo siempre su voluntad; ser apóstol siempre y en todas partes para que el Evangelio pueda llegar a muchos a través de su entrega humilde y generosa. Escribía en una de sus notas: «Con la ayuda de la gracia de Dios, quiero vivir toda la vida en espíritu de obediencia. Quiero obedecer a cualquier disposición, estar pronta a ir donde la obediencia me pida ir, ya sea en el extranjero como a través de los trabajos más sencillos que me vayan confiando». Siguiendo las enseñanzas del Beato Santiago Alberione y de Maestra Tecla, puso como meta de toda su vida, la santidad.

Entró en la Congregación en la casa de Lipa, el 26 de junio de 1950. En esta comunidad vivió el postulante y el noviciado, que concluyó el 29 de junio de 1953, con la primera profesión. Durante casi veinte años se dedicó a la difusión familiar y colectiva en las comunidades de Cebu, Cagayan de Oro, Davao y Iloilo. La propaganda le había entrado profundamente en el corazón: visitaba cada casa, cada comuna, cada barrio, también los más pobres llenos de dificultades y problemas, convencida del bien que podía derivar de las lecturas sanas que difundían valores evangélicos. Sus convicciones sobre la eficacia de la misión paulina, contagiaban a hermanas, párrocos y laicos. Era feliz de colaborar en las fiestas del Evangelio, que involucraban a enteras parroquias, sin calcular renunciadas. La Primera Maestra, que había visitado cuatro veces Filipinas, al regresar de sus viajes, hablaba con conmovedora admiración del espíritu de sacrificio de estas propagandistas.

Desde inicios de los años setenta dejó la “propaganda” tan amada, para ponerse al servicio de las librerías en las comunidades de Pasay City, Lipa, Iloilo, Bacolod y Zamboanga. La presencia de Sor M. Vincenzina irradiaba alegría, gentileza, sabor de vida evangélica. Tenía sólo la preocupación de hacer el mayor bien posible y por esto, cada oficio, cada servicio era importante. En la lógica de la fe era importante también el sufrimiento físico y moral, ya que podía ser una oferta para la conversión de las personas más alejadas del Señor.

En los últimos veinte años, Sor Vincenzina ha continuado ofreciendo sus fuerzas en el apostolado técnico y en los servicios a las hermanas de la gran comunidad de Pasay City, pero también de la pequeña comunidad de Iloilo. Desde algunos años se encontraba en la enfermería a causa de una grave forma de hipertensión arteriosa y trastornos cardiovasculares. Con gusto prestaba su ayuda en los pequeños trabajos de encuadernación y nunca se lamentaba si debía rehacer un trabajo que no salía óptimamente. En su rostro resplandecía una bellísima sonrisa, mientras el corazón era disponible al ofrecimiento continuo de sí misma, ofrecimiento apostólico que abrazaba a todos, porque deseaba que todos pudieran experimentar la abundancia de la gracia y de la salvación.

El Señor en su infinita bondad ha escuchado su intensa oración: «Divino Maestro, María Reina de los Apóstoles, San Pablo, ayúdame a ser una mujer de oración, fiel y comprometida hasta el final». El encuentro con el Padre ha llegado de improviso: un infarto cardíaco ha acelerado la contemplación del Dios fiel y misericordioso, que hace conocer a los pequeños el misterio insondable de su amor.

Aseguramos a las hermanas filipinas, tan probadas, la cercanía afectuosa de todas las hermanas de la Congregación.

Sor Anna Maria Parenzan
Vicaria general

Roma, 1º de julio de 2011